

## CAPÍTULO XVIII.

*Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.*

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podía arrear á su jumento. Quando así le vió Don Quixote le dixo: ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿ que podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? y confirмо esto, por haber visto que quando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia no me fué posible subir por ellas, ni ménos pude apearne de Rocinante, porque me debian de tener encantado: que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearne, que yo te hiciera vengado, de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho, no consenten que caballero ponga mano contra

quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude: aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas, ni hombres encantados, como Vuestra Merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, segun los oí nombrar quando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en al estuvo que en encantamientos, y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos qual es nuestro pie derecho, y lo que seria mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro Lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dexándonos de andar de Zeca en Meca y de zoca en colodra, como dicen. Que poco sabes, Sancho, respondió Don Quixote, de achaque

de caballería: calla y ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos quan honrosa cosa es andar en este exercicio: si no, dime ¿que mayor contento puede haber en el mundo, ó que gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé, solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó Vuestra Merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fué la del Vizcaino, y aun de aquella salió Vuestra Merced con media oreja y media celada ménos: que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como Vuestra Merced dice. Esa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener, Sancho, respondió Don Quixote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la truxere consigo no le pnedan hacer ningun género de encanta-

mentos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis, quando se llamaba *El caballero de la Ardiente Espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dixo Sancho, que quando eso fuese, y Vuestra Merced viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dixo Don Quixote, que mejor lo hará el Cielo contigo. En estos coloquios iban Don Quixote y su escudero, quando vió Don Quixote que por el camino que iban venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola, se volvió á Sancho, y le dixo: este es el dia, ó Sancho, en el qual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que

allí se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. Á esa cuenta, dos deben de ser, dixo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo Don Quixote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían á embestirse, y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan: y todo quanto hablaba, pensaba ó hacia, era encaminado á cosas semejantes, y la polvareda que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mesmo camino, de dos diferentes partes venían, las cuales con el polvo no se echáron de ver hasta que llegaron cerca, y con tanto ahinco afirmaba Don Quixote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor ¿pues que hemos de hacer nosotros? ¿Que? dixo Don Quixote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho,

que este que viene por nuestra frente, le conduce y guía el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana, este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues porque se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy hermosa y ademas agraciada señora, y es christiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, si no dexa primero la ley de su falso Profeta Mahoma, y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dixo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho ¿pero donde pondrémos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora? Así es verdad, dixo

Don Quixote, lo que puedes hacer dél es dexarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendrémos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos exércitos vienen, y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos exércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que á Don Quixote se le hicieron exército, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: aquel caballero que allí ves de las armas jaldés, que trae en el escudo un leon coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolemba, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros gigantesos que está á su derecha mano, es el nunca me-

droso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que segun es fama es una de las del templo que derribó Sanson quando con su muerte se vengó de sus enemigos: pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro exército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, Principe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á quarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miau* <sup>16</sup>, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miulina hija del Duque de Alfeniquen del Algarve: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion Frances, llamado Pierres Papin, señor de las Baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia Espartañilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparra-

guera con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte*. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro esquadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo: á este esquadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto, los Montuosos que pisan los Masilicos campos, los que criban el finisimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Factolo, los Numidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos, que pelean huyendo, los Árabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros no conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro esquadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivifero Bétis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los

que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los Elisios xerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente quantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y quantas provincias dixo, quantas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando en quando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dixo: señor, encubriendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de quantos Vuestra Merced dice parece por todo esto, á lo ménos yo no los veo, quizá todo debe de ser encantamiento, como las fantasmas de anoche. ¿Como

dices eso? respondió Don Quixote; no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros: y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo Don Quixote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos <sup>17</sup> del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, retírate á una parte, y déxame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, baxó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole: vuélvase Vuestra Merced, señor Don Quixote, que voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuélvase, desdichado del padre que me engendró ¡que locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados; que es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió Don Quixote, ántes en altas voces iba diciendo: ea caballeros, los que seguis y militais debaxo de



D. de la Cruz delgado.

J. de la Cruz delgado.

las banderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis quan fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del esquadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage y denuedo como si de véras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas, y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. Don Quixote no se curaba de las piedras, ántes discurriendo á todas partes decia: adonde estás, soberbio Alifanfaron, vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y písosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago: mas ántes que acabase de envasar lo que á el le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en

la mano y en el alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó quatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abaxo. Llegáronse á el los pastores, y creyéron que le habian muerto, y asi con mucha prisa recogieron su ganado, y cargáron de las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fuéron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer: viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, baxó de la cuesta, y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y dixole ¿no le decia yo, señor Don Quixote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran exércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la glo-

ria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y siguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algun poco, se vuelven en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu ayuda y favor, llégate á mí, y mira quantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Quixote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas recio que una escopeta quanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa María! dixo Sancho ¿y que es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber, y fué tanto el asco



que tomó , que revolviéndosele el estómago vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrámbos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar á su amo , y como no las halló , estuvo á punto de perder el juicio : maldixose de nuevo , y propuso en su corazón de dexar á su amo , y volverse á su tierra , aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida Insula. Levantóse en esto Don Quixote , y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes , asió con la otra las riendas de Rocinante , que nunca se habia movido de junto á su amo ( tal era de leal y bien acondicionado ) y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mexilla en guisa de hombre pensativo ademas , y viendole Don Quixote de aquella manera con muestras de tanta tristeza le dixo : sábete , Sancho , que no es un hombre mas que otro si no hace mas que otro : todas estas borascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo , y han de sucedernos bien las cosas , porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que habiendo durado

mucho el mal , el bien está ya cerca : así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden , pues á ti no te cabe parte dellas ; ¿ Como no ? respondió Sancho : por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre ? ¿ y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mismo ? ¿ Que te faltan las alforjas , Sancho ? dixo Don Quixote. Sí que me faltan , respondió Sancho. Dese modo no tenemos que comer hoy , replicó Don Quixote. Eso fuera , respondió Sancho , quando faltaran por estos prados las yerbas que Vuestra Merced dice que conoce , con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como Vuestra Merced es. Con todo eso , respondió Don Quixote , tomara yo ahora más aína un quartal de pan , ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques , que quantas yerbas describe Dioscórides , aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna ; mas con todo esto sube en tu jumento , Sancho el bueno , y vente tras mí , que Dios que es proveedor de todas las cosas no nos ha de faltar , y mas andando tan en su servicio como andamos , pues no falta á los mosquitos del ayre , ni á los gusanillos de la tierra , ni á los renacuajos del

agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era Vuestra Merced, dixo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dixo Don Quixote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la universidad de Paris: de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea así como Vuestra Merced dice, respondió Sancho: vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados: que si los hay daré al diablo el hato y el garabato. Pídeselo tú á Dios, hijo, dixo Don Quixote, y guía tú por donde quisieres, que esta vez quiero dexar á tu elección el alojarnos; pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quixada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dixo: quantas muelas solia Vuestra Mer-

ced tener en esta parte? Quatro, respondió Don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire Vuestra Merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo quatro, si no eran cinco, respondió Don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído ni comido de neguijon, ni de réuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene Vuestra Merced mas de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que me escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada, porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería: sube amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hizolo así Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor

de las quixadas de Don Quixote no le dexaba sosegar, ni atender á darse priesa, quiso Sancho entrettenelle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

## CAPÍTULO XIX.

*De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.*

Paréceme, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por Vuestra Merced contra la orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la Reyna folgar, con todo aquello que á esto se sigue y Vuestra Merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon; Sancho, dixo Don Quixote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en

tiempo te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la orden de la caballería para todo. ¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dixo Don Quixote, basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es así, dixo Sancho, mire Vuestra Merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento, quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con Vuestra Merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen, y lo que no habia de bueno en ello era que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotage, y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera,

la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, viéron que por el mesmo camino que iban venían hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pasáronse Sancho en viéndolas, y Don Quixote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocín, y estuviéron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello, y viéron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se llegaban mayores parecían, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quixote, el qual animándose un poco dixo: esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuero. ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo ¿adonde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dixo Don Quixote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra vez se burláron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde po-

dré yo como quisiere esgremir<sup>18</sup> mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dixo Sancho: que aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó Don Quixote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Si tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino tornáron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser, y de allí á muy poco descubriéron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el qual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de quartana, y creció mas el batir y dentellear, quando distintamente viéron lo que era, porque descubriéron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los cuales venía una litera cubierta de luto, á la qual seguían otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas, que bien viéron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baxa y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal despo-

blado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo, y así fuera en quanto á Don Quixote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo: lo contrario le avino á su amo, al qual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros: figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada, y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar, y quando los vió cerca alzó la voz y dixo: deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quien sois, de donde venis, adonde vais, que es lo que en aquellas andas llevais, que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguizado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficiéron. Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos y no nos podemos detener á dar tanta

cuenta como pedis, y picando la mula, pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente Don Quixote, y trabando del freno dixo: deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzándose en los pies dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar á Don Quixote, el qual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así con facilidad, en un momento dexaron la refriega, y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimesmo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobs, no se podian

mover, así que muy á su salvo Don Quixote los apaleó á todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaba. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quixote, y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro diciéndole que se rindiese, sino que le mataria, á lo qual respondió el caído: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á Vuestra Merced, si es caballero christiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy Licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quien diablos os ha traído aquí, dixo Don Quixote, siendo hombre de Iglesia? ¿Quien, señor? replicó el caído, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo Don Quixote, si no me satisfacedis á todo quanto primero os pregunté. Con facilidad será Vuestra Merced satisfecho, respondió el Licenciado, y así

sabrà Vuestra Merced, que aunque denantes dixé que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcovéndas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once Sacerdotes, que son los que huyéron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia, acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura que está en Segovia de donde es natural. ¿Y quien le mató? preguntó Don Quixote. Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le diéron, respondió el Bachiller. Desafortunadamente, dixo Don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mesmo hiciera si á mí mesmo me matara: y quiero que sepa Vuestra Reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quixote, y es mi oficio y exercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dixo el Bachiller, pues á mí

de derecho me habeis vuelto tuerto, dexándome una pierna quebrada, la qual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho, ha sido dexarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió Don Quixote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que érades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico á Vuestra Merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dixo Don Quixote, y hasta quando aguardábades á decirme vuestro afán? Dió luego

voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuestro que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y cogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresion de la mula; y poniéndole encima della, le dió la hacha, y Don Quixote le dixo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no había sido en su mano dexar de haberle hecho. Díxole tambien Sancho: si acaso quisieren saber esos señores quien ha sido el valeroso que tales los puso, diráles Vuestra Merced, que es el famoso Don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El Caballero de la triste Figura*. Con esto se fué el Bachiller, y Don Quixote preguntó á Sancho, que que le había movido á llamarle *El Caballero de la triste Figura* mas entónces que nunca. Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene Vuestra Merced la mas mala

figura de poco acá, que jamas he visto; y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió Don Quixote, sino que el sabio á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados: qual se llamaba *El de la Ardiente Espada*, qual *El del Unicornio*, aquel *De las Doncellas*, aqueste *El del ave Fenix*, el otro *El Caballero del Grifo*, estotro *El de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra: y así digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamas *El Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante, y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hacer pintar, quando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. No hay para que gastar tiempo <sup>20</sup> y dineros en hacer esa figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hacer es, que Vuestra Merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imágen ni escudo, le llamarán

*El de la Triste Figura*: y créame que le digo verdad, porque le prometó á Vuestra Merced, señor (y esto sea dicho en burlas) que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse Don Quixote del donayre de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado, y dixole: yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: Si quis suadente diabolo etc.* aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzon, quanto mas, que yo no pensé que ofendia á Sacerdotes, ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro, como católico y fiel christiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo, y quando eso así fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Rui Diaz quando quebró la silla del Embaxador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo qual lo descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Villar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el Bachiller se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra.



Quisiera Don Quixote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: señor, Vuestra Merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen en que <sup>22</sup> entender: el jumento está como conviene, la montaña <sup>22</sup> cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compas de pies, y como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza: y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el qual pareciéndole que Sancho tenía razon, sin volverle á replicar le siguió: y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron, y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambra que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se de-

xan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian; mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca, y acosados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capitulo.

## CAPÍTULO XX.

*De la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quixote de la Mancha.*

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á Don Quixote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena

quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos, quando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba: alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia que parte sonaba, oyéron á deshora otro estruendo que les aguo el contento del agua, especialmente á Sancho que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyéron que daban unos golpes á compas, con un cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á qualquier otro corazon que no fuera el de Don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacían un temeroso y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas quando viéron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quixote, acom-

pañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzon, y dixo: Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del Cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y hechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos ficiéron: bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos, las quales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á

infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras; pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra: así que apricta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los quales si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo, y á decirle: señor, yo no sé porque quiere Vuestra Merced acometer ésta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias: y pues no hay quien nos vea, ménos habrá quien nos note de cobardes: quanto mas que yo he oído predicar al

Cura de nuestro Lugar, que Vuestra Merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desaforado hecho donde no se puede escapar sino por milagro: y basta los que ha hecho el Cielo con Vuestra Merced en librarle de ser mantenido como yo lo fuí y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto: y quando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer, que apenas se habrá Vuestra Merced apartado de aquí, quando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla: yo salí de mi tierra y dexé hijos y muger por venir á servir á Vuestra Merced, creyendo valer mas, y no ménos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues quando mas vivas las tenía de alcanzar aquella negra y mal hadada Ínsula que tantas veces Vuestra Merced me ha prometido, veo que en pago y truco della me quiere ahora dexar en un lugar tan apartado del trato humano: por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desguisado, y ya que del todo no quiera Vuestra Merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo ménos

hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendi quando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la boca está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. ¿ Como puedes tú, Sancho, dixo Don Quixote, ver donde hace esa línea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al día. Falta lo que faltare, respondió Don Quixote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía á estilo de caballero: y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última re-

solucion de su amo, y quan poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día si pudiese, y así, quando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ámbos pies á Rocinante, de manera que quando Don Quixote se quiso partir, no pudo porque el caballo no se podía mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dixo: ea señor, que el Cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos quereis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto Don Quixote, y por mas que ponía las piernas al caballo, ménos le podía mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dixo: pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo llorare lo que ella tardare en venir. No hay

que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á Vuestra Merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¿Á que llamas apear, ó á que dormir? dixo Don Quixote ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje Vuestra Merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dixé por tanto, y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar del un dedo: tal era el miedo que tenía á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Dixole Don Quixote que contase algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido: á lo qual Sancho dixo que si hiciera, si le dexara el temor de lo que oía; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano

es la mejor de las historias, y estéme Vuestra Merced atento que ya comienzo: érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar, y advierta Vuestra Merced, señor mio, que el principio que los antiguos diéron á sus consejas no fué así como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino romano que dice: *y el mal para quien lo fuere á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que Vuestra Merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, y del camino que hemos de seguir dexame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un Lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el qual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, que qual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico. Si desamano cuentas tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, repitiendo dos veces

lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contar de otra, ni es bien que Vuestra Merced me pida que haga usos nuevos. Di como quisieres, respondió Don Quixote, que pues la suerte quiere que no pueda dexar de escucharte, prosigue. Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo. ¿Luego conocistela tú? dixo Don Quixote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dixo que era tan cierto y verdadero, que podia bien quando lo contase á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo: así que yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme y que todo lo añasca hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á su pastora se volviese en omecillo y mala voluntad, y la causa fué segun malas lenguas una cierta cantidad de zelillos que ella

le dió, tales que pasaban de la raya, y llegaban á lo vedado, y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesén jamas: la Torralva que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mugeres, dixo Don Quixote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. Sucedió, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los Reynos de Portugal: la Torralva que lo supo se fué tras él, y seguiale á pie y descalza desde léjos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo, y otro de un peyne, y no se que botecillo de mudas para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré, que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la

otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralva venía ya muy cerca, y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenía junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él, que le pasase á él y á trecientas cabras que llevaba: entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga Vuestra Merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra dél: sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dixo Don Quixote, no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Quantas han pasado hasta ahora? dixo Sancho. Yo que diablos sé, respondió Don Quixote. He ahí lo que yo dixé, que tuviese buena cuenta: pues por Dios que se ha acabado

el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Como puede ser eso? respondió Don Quixote: tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á Vuestra Merced que me dixese quantas cabras habían pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mismo instante se me fué á mí de la memoria quanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento. ¿De modo, dixo Don Quixote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Dígame de verdad, respondió Don Quixote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento, ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dexarla, jamas se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba

do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dixo Don Quixote, y veamos si se puede mover Rocinante: tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos, y á estarse quedo, tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer) á él le vino en voluntad y desco de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenia gana tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la qual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela, diéron luego abaxo, y se le quedáron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al ayre entrámbas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y an-

gustia) le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes, y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo quanto podia: pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo Don Quixote y dixo: que rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado; mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por linea recta subían los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apenas hubiéron llegado, quando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dixo: paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Si tengo, respondió Sancho: mas en que lo echa de ver Vuestra Merced ahora



mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió Don Quixote. Bien podrá ser, dixo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino Vuestra Merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó quatro allá, amigo, dixo Don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices) y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con la que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa Vuestra Merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió Don Quixote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque el de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer: viendo pues Don Quixote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de

descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quixote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escuara: sintió tambien que el golpear no cesaba, pero no vió quien lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias: tornóle á referir el recado y embaxada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dexado hecho su testamento ántes que saliera de su Lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido: pero que si Dios le sacaba de aquel peligroso y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida Insula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y se determinó de no dexarle hasta el último tránsito y fin

de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debía de ser bien nacido, y por lo ménos christiano viejo: cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, ántes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíale Sancho á pie llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, diéron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacia, de las quales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecían ruínas de edificios que casas; de entre las quales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear que aun no cesaba. Alborotose Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quixote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazón á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de

camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el qual alargaba quanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron, quando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa; sin que pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspenso y medroso toda la noche lo habia tenido, y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Quando Don Quixote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abaxo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quixote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolia tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dexar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los pu-

ños por no reventar <sup>24</sup> riendo. Quatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo qual ya se daba al diablo Don Quixote, y mas quando le oyó decir, como por modo de físga: has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del Cielo en esta nuestra edad de hierro, para resuscitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos: y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que Don Quixote dixo la vez primera que oyéron los temerosos golpes. Viendo pues Don Quixote que Sancho hacia burla del, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asenó dos palos, tales que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas véras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: soscéguese Vuestra Merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais, no me burlo yo, respondió Don Quixote. Venid acá, señor alegre; paréceos á vos, que si como estos fueron mazos de batan, fueran

otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprenderla y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber quales son de batan ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero digame Vuestra Merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta; no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? á lo ménos el que yo tuve, que de Vuestra Merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe que es temor ni espanto. No niego yo, respondió Don Quixote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas

que sepan poner en su punto las cosas. Á lo ménos, respondió Sancho, supo Vuestra Merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas: gracias á Dios, y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar, y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos insulas, ó reynos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo Don Quixote, que todo lo que dices viniere á ser verdad, y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre, y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en quantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo

estimar en mas: si que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, Conde fué de la Insula firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo *more turquesco*. ¿Pues que dirémos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro: las mercedes, y beneficios que yo os he prometido, llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario á lo ménos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien quanto Vuestra Merced dice, dixo Sancho, pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) quanto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos,

y si se concertaban por meses ó por días, como peones de albañir. No creo yo, respondió Don Quixote, que jamas los tales escuderos estuviéron á salario, sino á merced, y si yo ahora te le he señalado á ti en el testamento cerrado que dexé en mi casa, fué por lo que podria suceder, que aun no sé como prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo, porque quiero que sepas, Sancho, que en el no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es Vuestra Merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donayre de las cosas de Vuestra Merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desá manera, replicó Don Quixote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

## CAPÍTULO XXI.

*Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.*

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiales cobrado tal aborrecimiento Don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano diéron en otro como el que habian llevado el día de ántes. De allí á poco descubrió Don Quixote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba, como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, quando se volvió á Saicho y le dixo: paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra otra se abre: dígolo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor